

EL CELOSO EXTREMEÑO.

No há muchos años que de un lugar de Extremadura salió un hidalgo, nacido de padres nobles, el cual, como un otro pródigo, por diversas partes de España, Italia y Flándes anduvo gastando así los años como la hacienda; y al fin de muchas peregrinaciones (muertos ya sus padres y gastado su patrimonio) vino á parar á la gran ciudad de Sevilla, donde halló ocasion muy bastante para acabar de consumir lo poco que le quedaba. Viéndose, pues, tan falto de dineros, y aún no con muchos amigos, se acogió al remedio á que otros muchos per lidos en aquella ciudad se acogen, que es el pasarse á las Indias, refugio y amparo de los desesperados de España, iglesia de los alzados, salvoconducto de los homicidas, pala y cubierta de los jugadores (á quien llaman ciertos los peritos en el arte), añagaza general de mujeres libres, engaño común de muchos y remedio

particular de pocos. En fin, llegado el tiempo en que una flota partia para Tierra firme, acomodándose con el almirante della, aderezó su matelotage y su mortaja de esparto, y embárcándose en Gadiz, echando la bendición á España, zarpó la flota, y con general alegría dieron las velas al viento, que blando y próspero soplabá, el cual en pocas horas les encubrió la tierra, y les descubrió las anchas y espaciosas llanuras del gran padre de las aguas, el mar Océano. Iba nuestro pasajero pensativo, revolviendo en su memoria los muchos y diversos peligros que en los años de su peregrinacion habia pasado, y el mal gobierno que en todo el discurso de su vida habia tenido; y sacaba de la cuenta que á sí mismo se iba tomando, una firme resolucion de mudar manera de vida, y de tener otro estilo en guardar la hacienda que Dios fuese servido de darle, y de proceder con mi recato que hasta allí con las mujeres. La flota estaba como en calma, cuando pasaba consigo esta tormenta Felipe de Carrizales, que éste es el nombre del que ha dado materia á nuestra novela. Tornó á soplar el viento, impeliendo con tanta fuerza los navios, que no dejó á nadie en sus asientos, y así le fué forzoso á Carrizales dejar sus imaginaciones, y dejarse llevar de solos los cuidados que el viage le ofrecia, el cual viage fué tan próspero, que sin rece-

bir algun revés ni constrate, llegaron al puerto de Cartagena; y por concluir con todo lo que no hace á nuestro propósito, digo que la edad que tenia Felipe, cuando pasó á las Indias, seria de enarenta y ocho años, y en veinte que en ellas estuvo, ayudado de su industria y diligencia, alcanzó á tener más de ciento y cincuenta mil pesos ensayados. Viéndose, pues, rico y próspero, tocado del natural deseo que todos tienen de volver á su patria, pospuestos grandes intereses que se le ofrecian, dejando el Perú, donde habia granjeado tanta hacienda, trayéndola toda en barras de oro y plata, y registrada, por quitar inconvenientes, se volvió á España: desembarcó en Sanlúcar; llegó á Sevilla tan lleno de años como de riquezas; sacó sus partidas sin zozobras; buscó sus amigos, hallólos todos muertos; quiso partirse á su tierra, aunque ya habia tenido nuevas que ningun pariente le habia dejado la muerte: y si cuando iba á Indias pobre y menesteroso le iban combatiendo muchos pensamientos sin dejarle sosegar un punto en mitad de las ondas del mar, no ménos ahora en el sosiego de la tierra le combatian, aunque por diferente causa; que si entónces no dormia por pobre, ahora no podia sosegar de rico; que tan pesada carga es la riqueza al que no está usado á tenerla ni saber usar della, como lo es la pobreza al que continuo la tiene.

Cuidados acarrea el oro, y cuidados la falta del; pero los unos se remedian con alcanzar alguna mediana cantidad, y los otros se aumentan miéntras más parte se alcanza. Contemplaba Carrizales en sus barras, no por miserable, porque en algunos años que fué soldado aprendió á ser liberal, sino en lo que habia de hacer dellas, á causa que tenerlas en ser, era cosa infructuosa; y tenerlas en casa, cebo para los codiciosos y despertador para los ladrones. Habíase muerto en él la gana de volver al inquieto trato de las mercancías, y parecíale que conforme á los años que tenía, le sobraban dineros para pasar la vida, y quisiera pasarla en su tierra, y dar en ella su hacienda á tributo, pasando en ella los años de su vejez en quietud y sosiego, dando á Dios lo que podia, pues habia dado al mundo más de lo que debía: por otra parte consideraba que la estrechez de su patria era mucha, y la gente muy pobre, y que al irse á vivir á ella era ponerse por blanco de todas las importunidades que los pobres suelen dar al rico que tienen por vecino, y más cuando no hay otro en el lugar á quien acudir con sus miserias: quisiera tener á quién dejar sus bienes despues de sus días, y con este deseo tomaba el pulso á su fortaleza, y parecíale que áun podia llevar la carga del matrimonio; y en viniéndole este pensamien-

to, le sobresaltaba un tan gran miedo, que así se le desbarataba y deshacia, como hace á la niebla el viento, porque de su natural condicion era el más celoso hombre del mundo, áun sin estar casado, pues con sólo la imaginacion de serlo le comenzaban á ofender los celos, á fatigar las sospechas y á sobresaltar las imaginaciones, y esto con tanta eficacia y vehemencia, que de todo en todo propuso de no casarse.

Y estando resuelto en esto, y no lo estando en lo que habia de hacer de su vida, quiso su suerte que pasando un dia por una calle, alzase los ojos y viese á una ventana puesta una doncella, al parecer de edad de trece á catorce años, de tan agradable rostro y tan hermosa, que sin ser poderoso para defenderse el buen viejo Carrizales, rindió la flaqueza de sus muchos años á los pocos de Leonora, que así era el nombre de la hermosa doncella; y luégo sin más detenerse, comenzó á hacer un gran monton de discursós, y hablando consigo mismo decia: Esta muchacha es hermosa, y á lo que muestra la presencia desta casa, no debe de ser rica, y ella es niña; sus pocos años pueden asegurar mis sospechas: casarme he con ella, encerraréla, haréla á mis mañas, y con esto no tendrá otra condicion que aquella que yo le enseñaré: yo no soy tan viejo que pueda perder la esperanza de

tener hijos que me hereden : de que tenga dote ó no, no hay para qué hacer caso, pues el cielo me dió para todo, y los ricos no han de buscar en sus matrimonios hacienda, sino gusto, que el gusto alarga la vida, y los disgustos entre los casados la acortan ; alto pues; echada está la suerte, y ésta es la que el cielo quiere que yo tenga, Y así, hecho este soliloquio, no una vez, sino ciento, al cabo de algunos dias habló con los padres de Leonora, y supó cómo, aunque pobres, eran nobles, y dándoles cuenta de su ntencion y de la calidad de su persona y ihacienda, les rogó muy encarecidamente le diesen por mujer á su hija. Ellos le pidieron tiempo para informarse de lo que decia, y que él tambien le tendria para enterarse ser verdad lo que de su nobleza le habian dicho. Despidiéronse, informáronse las partes, y hallaron ser así lo que entrambos dijeron; y finalmente, Leonora quedó por esposa de Carrizales, habiéndola dotado primero en veinte mil ducados : tal estaba de abrasado el pecho del celoso viejo. El cual apenas dió el sí de esposo, euando de golpe le embistió un tropel de rabiosos celos, y comenzó sin causa alguna á temblar, y á tener mayores cuidados que jamas habia tenido : y la primera muestra que dió de su condicion celosa, fué no querer que sastre alguno tomase la medida á su esposa de

los muchos vestidos que pensaba hacerle; y así anduvo mirando cuál otra mujer tendria poco más ó ménos el talle y cuerpo de Leonora, y halló una pobre á cuya medida hizo hacer una ropa, y probándosela su esposa, halló que le venia bien, y por aquella medida hizo los demas vestidos, que fueron tantos y tan ricos que los padres de la desposada se tuviéron por más que dichosos en haber acertado con tan buen yerno para remedio suyo y de su hija. La niña estaba asombrada de ver tantas galas, á causa que las que ella en su vida se habia puesto no pasaban de una saya de raya y una ropilla de tafetan. La segunda señal que dió Felipe fué no querer juntarse con su esposa hasta tenerla puesta casa aparte, la cual aderezó en esta forma. Compró una en doce mil ducados en un barrio principal de la ciudad, que tenia agua de pié y jardin con muchos naranjos; cerró todas las ventanas que miraban á la calle, y dióles vista al cielo, y lo mismo hizo de todas las otras de casa; en el portal de la calle, que en Sevilla llaman casapuerta, hizo una caballeriza para una mula, y encima della un pajar y apártamiento, donde estuviese el que habia de curar della, que fué un negro viejo y eunuco: levantó las paredes de las azoteas de tal manera, que el que entraba en la casa habia de mirar al cielo por línea recta,

sin que pudiese ver otra cosa: hizo torno que de la casapuerta respondia al patio: compró un rico menaje para adorar la casa, de modo que por tapicerías, estrados y doseles ricos, mostraba ser de un gran señor: compró asimismo cuatros esclavas blancas, y herrólas en el rostro, y otras dos negras bozales; concertóse con un despensero que le trujese y comprase de comer, con condicion que no durmiese en casa, ni entrase en ella, sino hasta el torno, por el cual habia de dar lo que trujese: hecho esto, dió parte de su hacienda á censo, situada en el Banco, y quedóse con alguna para lo que se le ofreciese; hizo asimismo llave maestra para toda la casa, y encerró en ella todo lo que suele comprarse en junto y en sus sazones para la provision de todo el año; y teniéndolo todo así aderezado y compuesto, se fué á casa de sus suegros, y pidió á su mujer, que se la entregaron no con pocas lágrimas, porque les pareció que la llevaban á la sepultura. La tierna Leonora áun no sabia lo que la habia acontecido, y así llorando con sus padres, les pidió su hendidion, y despidiéndose dellos rodeada de sus esclavas y criadas, asida de la mano de su marido, se vino á su casa, y entrando en ella les hizo Carrizales un sermon á todas, encargándoles la guarda de Leonora, y que

por ninguna vía ni en ningun modo dejasen entrar á nadie de la segunda puerta adentro, aunque fuese el negro eunuco: y á quien más encargó la guarda y regalo de Leonora, fué á una dueña de mucha prudencia y gravedad, que recibió como para aya de Leonora, y para que fuese superintendente de todo lo que en la casa se hiciese, y para que mandase á las esclavas y á otras dos doncellas de la misma edad de Leonora, que para que se entretuviese con las de sus mismos años asimismo habia recibido: prometiéndoles que las trataría y regalaría á todas de manera que no sintiesen su encerramiento, y que los dias de fiesta todos, sin faltar ninguno, irían á oír misa, pero tan de mañana que apenas tuviese la luz lugar de verlas. Prometiéronlo las criadas y esclavas de hacer todo aquello que les mandaba, sin pesadumbre, con pronta voluntad y buen ánimo; y la nueva esposa, encogiendo los hombros, bajo la cabeza, y dijo que ella no tenia otra voluntad que la de su esposo y señor, á quien estaba siempre obediente. Hecha esta prevención, y recogido el buen extremo en su casa, comenzó á gozar como pudo los frutos del matrimonio, los cuales á Leonora, como no tenia experiencia de otros, ni eran gustosos ni desabridos, y así pasaba el tiempo con su dueña, doncellas y esclavas; y ellas por pasarle mejor dieron en ser

golosas, y pocos dias se pasaban sin hacer mil cosas, á quien la miel y el azócar hacen sabrosas. Sobráales para esto en grande abundancia lo que habian menester, y no ménos sobraba en su amo la voluntad de dárselo, pareciéndole que con ello las tenia entretenidas y ocupadas, sin tener lugar donde ponerse á pensar en su encerramiento. Leonora andaba á lo igual con su criadas, y se entretenia en lo mismo que ellas, y áun dió con su simplicidad en hacer muñecas, y en otras niñerías que mostraban la llaneza de su condicion y la terneza de sus años: todo lo cual era de grandísima satisfaccion para el celoso marido, pareciéndole que habia acertado á escoger la vida mejor que se la supo imaginar, y que por ninguna via la industria ni la malicia humana podia perturbar su sosiego; y así solo se desvelaba en traer regalos á su esposa, y en acordarle le pidiese todos cuantos le viniesen al pensamiento que de todos sería servida. Los dias que iba á misa, que como está dicho era entre dos luces, venian sus padres y en la iglesia hablaban á su hija delante de su marido, el cual les daba tantas dádivas, que aunque tenian lástima de su hija por la estrechez en que vivia, la templaban con las muchas dádivas que Carrizales, su liberal yerno, les daba. Levantábase de mañana, y aguardaba á que el despensero vi-

niése, á quien de la noche antes por una cédula que ponian en el torno. le avisaban lo que habia de traer otro dia, y en viniendo el despensero, salia de casa Carrizales las más veces á pié, dejando cerradas las dos puertas, la de la calle y la de enmedio, y entre las dos quedaba el negro. Ibase á sus negocios, que eran pocos, y con brevedad daba la vuelta, y encerrándose, se entretenia en regalar á su esposa y acariciar á sus criadas, que todas le querian bien por ser de condicion llana y agradable; y sobre todo, por mostrarse tan liberal con todas. Desta manera pasaron un año de noviciado, y hicieron profesion en aquella vida, determinándose de llevarla hasta el fin de las suyas; y así fuera, si el sagaz perturbador del género humano no lo estorbára, como ahora oiréis.

Dígame ahora el que se tuviere por más discreto y recatado: ¿Qué más proveniencias para su seguridad podia haber hecho el anciano Felipe, pues áun no consintió que dentro de su casa hubiese algun animal que fuese varon? A los ratones della jamas los persiguió gato, ni en ella se oyó ladrido de perro, todos eran del género femenino: de dia pensaba, y de noche no dormia: él era la ronda y centinela de su casa, y el Argos de lo que bien queria: jamas entró hombre de la puerta adentro del petio con

sus amigos negociaba en la calle : las figuras de los paños que sus salas y cuadros adornaban, todas eran hembras, flores y boscages; toda su casa olía á honestidad, recogimiento y recato, áun hasta en las consejas, que en las largas noches del invierno en la chimenea sus criadas contaban : por estar él presente, en ninguna ningun género de lascivia se descubria : la plata de las canas del viejo á los ojos de Leonora parecian eabellos de oro puro, porque el amor primero que los doncellas tienen se les imprime en el alma, como el sello en la cera; su demasiada guarda le parecia advertido recato : pensaba y creia que lo que ella pasaba, pasaban todas las recién casadas : no se desmandaban sus pensamientos á salir de las paredes de su casa, ni su voluntad deseaba otra cosa más de aquella que la de su marido queria : sólo los días que iba á miso veía las calles, y esto era tan de mañana, que si no era al volver de la iglesia, no habia luz para mirallas : no se vió monasterio tan cerrado, ni monjas más recogidas ni manzanas de oro tan guardadas; y con todo esto, no pudo en ninguna manera prevenir ni excusar se caer en lo que recelaba: á lo ménos en pensar que habia caído.

Hay en Sevilla un género de gente ociosa y holgazana, á quien comunmente suelen llamar gente de barrio : éstos son los hijos

de vecino de cada collacion y de los más ricos della, gente baldía, atildada y meliflua; de la cual, y de su traje y manera de vivir, de su condicion y de las leyes que guardan entre sí, habia mucho que decir; pero por buenos respetos se deja. Uno destes galanes pues, que entre ellos es llamado virote, mozo soltero (que á los recién casados llaman matones), acertó á mirar la casa del recatado Carrizales; y viéndola siempre cerrada, le tomó gana de saber quién vivia dentro; y con tanto ahinco y curiosidad hizo la diligencia, que de todo en todo vino á saber lo que deseaba: supo la condicion del viejo, la hermosura de su esposa, y el modo que tenia en guardarla: todo lo cual le encendió el deseo de ver si sería posible expugnar por fuerza ó por industria fortaleza tan guardada: y comunicándolo con dos virotes y un maton, sus amigos, acordaron que se pusiese por obra; que nunca para tales obras faltan consejeros y ayudadores. Dificultaban el modo que se tendria para intentar tan dificultosa hazaña; y habiendo entrado en bureo muchas veces, convinieron en esto : que fingiendo Loaysa, que así se llamaba el virote, que iba fuera de la ciudad por algunos dias, se quitase de los ojos de sus amigos, como lo hizo; y hecho esto, se puso unos calzones de lienzo limpio, y camisa limpia, pero encima se puso unos vestidos tan rotos y remendados, que ningun

pobre en toda la ciudad los traia tan astrosos: quitóse un poco de barba que tenia, cubrióse un ojo con un parche, vendóse una pierna estrechamente, y arrimándose á dos muletas, se convirtió en un pobre tullido, tal que el más verdadero estropeado no se le igualaba. Con este talle se ponía cada noche á la oracion á la puerta de la casa de Carrizales, que ya estaba cerrada. quedando el negro, que Luis se llamaba, cerrado entre las dos puertas. Puesto allí Loaysa, sacaba una guitarrilla algo grasienta y falta de algunas cuerdas, y como él era algo músico, tomenzaba á tañer algunos sonos alegres y recocijados, mudando la voz por no ser conocido. Con esto se daba priesa á cantar romances de moros y moras á la loquesca, con tanta gracia, que cuantos pasaban por la calle se ponian á escucharle. y siempre en tanto que cantaba, estaba rodeado de muchachos, y Luis, el negro, poniendo los oídos por entre las puertas, estaba colgado de la música del virote, y diera un brazo por poder abrir la puerta y escucharle más á su placer: tal es la inclinacion que los negros tienen á ser músico. Y cuando Loaysa quería que los que le escuchaban le dejasen, dejaba de cantar, y recogia su guitarra, y acogiéndose á sus muletas, se iba. Cuatro ó cinco veces habia dado música al negro (que por solo el la daba), pareciéndole

que por donde se habia de comenzar á desmoronar aquel edificio, habia y debia ser por el negro, y no le salió vano su pensamiento; porque llegándose una noche como solia á la puerta, comenzó á templar su guitarra, y sintió que el negro estaba ya atento, y llegando al quicio de la puerta, con voz baja dijo: ¿Será posible, Luis, darme un poco de agua, que perezco de sed, y no puedo cantar? No, dijo el negro, porque no tengo la llave desta puerta, ni hay agujero por donde pueda dároslo. Pues ¿quién tiene la llave? preguntó Loaysa. Mi amo, respondió el negro, que es más celoso hombre del mundo y si el supiese que yo estoy ahora aquí hablando con nadie, no seria más mi vida; pero ¿quién sois vos, que me pedis el agua? Yo, respondió Loaysa, soy un pobre estropeado de una pierna, que gano mi vida pidiendo por Dios á la buena gente, y juntamente con esto enseño á tañer á algunos morenos, y á otra gente pobre, y ya tengo tres negros esclavos de tres veinticuatro, á quien he enseñado de modo que pueden cantar y tañer en cualquier baile y en cualquier taberna, y me lo han pagado muy rebien. Harto mejor os lo pagára yo, dijo Luis, á tener lugar de tomar licion; pero no es posible, á causa que mi amo en saliendo por la mañana cierra la puerta de la calle, y cuando vuelve hace lo mismo, dejándome emparedado entre dos puertas. Por

Dios, Luis, replicó Loaysa (quien ya sabía el nombre del negro), que si vos diésedes traza á que yo entrase algunas noches á daros licion, en ménos de quince dias os sacaria tan diestro en la guitarra, que pudiésedes tañer sin vergüenza alguna en cualquier esquina; porque os hago saber que tengo grandísima gracia en el enseñar, y más que he oido decir que vos teneis muy buena habilidad, y á lo que siento y puedo juzgar por el órgano de la voz, que es atiplada, debeis de cantar muy bien. No canto mal, respondió el negro; pero ¿qué aprovecha? pues no sé tonada alguna, sino es la de la estrella de Vénus y la de

Por un verde prado,

Y aquella que ahora se usa, que dice :

A los hierros de una reja

La turbada mano asida.

Todas ésas son aire, dijo Loaysa, para las que yo os podría enseñar; porque sé todas las del moro Abindarraez, con las de su dama Jarifa, y todas las que se cantan de la historia del gran Sofí Tomunibeyo, con las de la zarabanda á lo divino, que son tales, que hacen pasmar á los mismos portugueses; y esto enseño con tales modos y con tanta facilidad, que aunque no os deis prisa á aprender, apénas habréis comido tres ó cuatro moyos de sal cuando ya os veais músico corriente y moliente en todo género de

guitarra. A esto suspiró el negro, y dijo: ¿Qué aprovecha todo eso si no sé cómo meteros en casa? Buen remedio, dijo Loaysa; procurad vos tomar las llaves á vuestro amo, y yo os daré un pedazo de cera, donde las imprimiréis de manara que queden señaladas las guardas en la cera, que por la aficion que os he tomado, yo haré que un cerrajero, amigo mio, haga las llaves, y así podré entrar dentro de noche y enseñaros mejor que al Preste Juan de las Indias; porque veo ser gran lástima que se pierda una tal voz como la vuestra faltándole el arrimo de la guitarra; que quiero que sepaís, hermano Luis, que la mejor voz del mundo pierde de sus quilates cuando no se acompaña con el instrumentro, ahora sea de guitarra ó clavicimbanu, de órganos ó de arpa; pero el que más á vuestra voz le conviene es el instrumento, de la guitarra, por ser el más mañero y ménos costoso de los instrumentos. Bien me parece eso, replicó el negro; pero no puede ser, pues jamás entran las llaves en mi poder, ni mi amo las suelta de la mano: de dia y de noche duermen debaja de su almohada. Pues haced otra cosa, Luis, dijo Loaysa, si es que teneis ganas de ser músico consumado, que si nó la teneis, no hay para qué cansarme, en aconsejaros. Y ¿como si tengo gana? replica Luis; y tanta, que ninguna cosa deja-

ré de hacer, como sea posible salir con ella, á truco de salir con ser músico. Pues así es, dijo el virote, yo os daré por entre estas puertas, haciendo vos lugar, quitando alguna tierra del quicio, digo que os daré unas tenazas y un martillo con que podáis de noche quitar los clavos de la cerradura de loba con mucha facilidad, y con la misma volveremos á poner la chapa, de modo que no se eche de ver que ha sido desclavada; y estando yo dentro encerrado con vos en vuestro pajar, ó donde dormis, me daré tal prisa á lo que tengo de hacer, que vos veais áun más de lo que os he dicho, con aprovechamiento de mí persona y aumento de vuestra suficiencia; y de lo que hubiéremos de comer no tengais cuidado, que yo llevaré matalotaje para entrambos y para más de ocho días, que discípulos tengo yo y amigos que no me dejarán mal pasar. De la comida, replicó el negro, no habrá que temer, que con la ración que me da mi amo y con los relieves que me dan las esclavas sobraré comida para otros vos; venga ese martillo que decís y tenazas, que yo haré por junto á este quicio lugar por donde quepa, y le volveré á cubrir y tapar con barro, que puesto que dé algunos golpes en quitar la chapa, mi amo duerme tan léjos desta puerta, que será milagro ó gran desgracia nuestra si los oye. Pues á la mano de

Dios, dijo Loaysa, que de aquí á dos días tendréis, Luis, todo lo necesario para poner en ejecucion vuestro virtuoso propósito; y advertid en no comer cosas flemosas, porque no hacen ningun provecho, sino mucho daño á la voz. Ninguna cosa me enronquece tanto, respondió el negro, como el vino; pero no me lo quitaré yo por cuantas voces tiene el suelo. No digo tal, dijo Loaysa, ni Dios tal permita: bebed, hijo Luis, bebed, y buen provecho os haga, que el vino que se bebe con medida jamas fué causa de daño alguno. Con medida lo bebo, replicó el negro; aquí tengo un jarro que cabe una azumbre justa y cabal, éste me llenan las esclavas sin que mi amo lo sepa, y el despensero á solapo me trae una botilla, que tambien cabe dos azumbres, con que se suplen las faltas del jarro. Digo, dijo Loaysa, que tal sea mi vida como eso me parece, porque la seca gartanta ni gruñe ni canta. Andad con Dios, dijo el negro; pero mirad que no dejéis de venir á cantar aquí las noches que tardáredes en traer lo que habeis de hacer para entrar acá dentro, que ya me como los dedos por verlos puestos en la guitarra. Y cómo si vendré, replicó Loaysa, y áun con tonadicas nuevas. Eso pido, dijo Luis, y ahora no me dejéis de cantar algo, porque me vaya á acostar con gusto, y en lo de la paga, entienda el señor pobre que le he de

pagar mejor que un rico. No reparo en eso, dijo Loaysa, que según yo os enseñare, así me pagaréis; y por ahora escuchad esta tonadilla, que cuando esté dentro veréis milagros. Sea en buen hora, respondió el negro; y acabado este largo coloquio, cantó Loaysa un romancito agudo, con que dejó al negro tan contento y satisfecho, que ya no veía la hora de abrir la puerta. Apenas se quitó Loaysa de la puerta, cuando con más ligereza que el traer de sus muletas prometía se fué á dar cuenta á sus consejeros de su buen comienzo, adivino del buen fin que por él esperaba; hallólos, y contó lo que con el negro dejaba concertado, y otro día hallaron los instrumentos, tales que rompan cualquier clavo como si fuera de palo. No se descuidó el virote de volver á dar música al negro, ni ménos tuvo descuido el negro en hacer el agujero por donde cupiese lo que su maestro le diese, cubriéndolo de manera, que á no ser mirado con malicia y sospechosamente, no se podía caer en el agujero. La segunda noche le dió los instrumentos Loaysa, y Luis probó sus fuerzas, y casi sin poner alguna se halló rompidos los clavos y con la chapa de la cerradura en las manos: abrió la puerta, y recogió dentro á su Orfeo y maestre; y cuando le vió con sus dos muletas y tan andrajoso y tan fajada su pierna, quedó admirado. No

llevaba Loaysa el parche en el ojo por no ser necesario, y así como entró abrazó á su buen discípulo, y le besó en el rostro, y luego le puso una gran bota de vino en las manos, y una caja de conserva y otras cosas dulces, de que llevaba unas alforjas bien proveidas; y dejando las muletas, como si no tuviera mal alguno, comenzó á hacer cabriolas; de lo cual se admiró más el negro, á quien Loaysa dijo: Sabed, hermano Luis, que mi cojo y estropeamiento no nace de enfermedad, sino de industria, con la cual gano de comer pidiendo por amor Dios, y ayudándome della y de mi música paso la mejor vida del mundo, en el cual todos aquellos que no fuesen industriosos y tracistas morirán de hambre, y esto lo veréis en el discurso de nuestra amistad. Ello dirá, respondió el negro; pero demos orden de volver esta chapa á su lugar, de modo que no se eche de ver su mudanza. En buen hora, dijo Loaysa; y sacando clavos de sus alforjas, asentaron la cerradura de suerte, que estaba tan bien como de antes; de lo cual quedó contentísimo el negro, y subiéndose Loaysa al aposento que en el pajar tenía el negro, se acomodó lo mejor que pudo. Encendió luego Luis un torzal de cera, y sin más aguardar sacó su guitarra Loaysa, y tocándola baja y suavemente, suspendió al pobre negro de

manera, que estaba fuera de sí escuchándole. Habiendo tañido un poco, sacó de nuevo colacion y dióla á su discípulo, y aunque con dulce, bebió con tan buen talante de la bota, que la dejó mas fuera de sentido que la música. Pasado esto, ordeno que luego tomase licion Luis, y como el pobre negro tenía cuatro dedos de vino sobre los sesos, no acertaba traste, y con todo eso le hizo creer Loaysa que ya sabía por los ménos dos tonadas; y era lo bueno que el negro se lo creia, y en toda la noche no hizo otra cosa que tañer con la guitarra destemplada y sin las cuerdas necesarias. Durmieron lo poco que de la noche les quedaba, y á obras de las seis de la mañana bajó Carrizales y abrió la puerta de enmedio, y tambien la de la calle, estuvo esperando al despensero, el cual vino de allí á un poco, y dando por el torno la comida, se volvió á ir, y llamó al negro que bajase á tomar cebada para la mula y su racion; y en tomándola se fué el viejo Carrizales, dejando cerradas ambas puertas, sin echar de ver lo que en lá de lá calle se habia hecho, de que no poco se alegraron maestro y discípulo. Apenas salió el amo de casa cuando el negro arrebató la guitarra y comenzó á tocar de tal manera que todas las criadas le oyeron, y por el torno le preguntaron : ¿Qué es esto, Luis, de euándo acá tienes tú guitarra, ó quien te la

ha dado? ¿Quien me la ha dado? respondió Luis; el mejor músico que hay en el mundo, y el que me ha de enseñar en ménos de seis dias más de seis mil sones. Y ¿dónde está ese músico? preguntó la dueña. No está muy lejos de aquí, respondió el negro; y si no fuera por vergüenza y por el temor que tengo á mi señor, quiza os le enseñara luégo, y á fe que os holgásedes de verle. Y ¿adónde puede él estar que nosotras no le podamos ver; réplicó la dueña, si en esta casa jamas entró otro hombre que nuestro dueño? Ahora bien, dijo el negro, no os quiero decir nada hasta que veais; lo que yo sé, y él me ha enseñado en el breve tiempo que he dicho. Por cierto, dijo la dueña, que si no es algun demonio el que te ha de enseñar, que yo no sé quién te pueda sacar músico con tanta hrevedad. Andad, dijo el negro, que lo oiréis y lo veréis algun dia. No puede ser eso, dijo otra doncella, porque no tenemos ventanas á la calle para poder ver ni oír á nadie. Bien está, dijo el negro, que para todo hay remedio, si no es para excusar la muerte, y más si vosotras sabeis ó quereis callar. Y ¿cómo que callaremos? hermano Luis, dijo una de las esclavas: callaremos más que si fuésemos mudas, porque te prometo, amigo, que me muero por oír una buena voz, que despues que aquí nos emparedaron, ni aun el canto de los pájaros habemos oído. Todas esta-

pláticas estaba escuchando Loyasa con grandísimo contento, pareciéndole que todas se encaminaban á la consecucion de su gusto, y que la buena suerte habia tomado la mano en guiarlas á la medida de su voluntad. Despidiéronse las criadas con prometerles el negro que cuando ménos se pensasen las llamaría á oír una muy buena voz; y con temor que su amo volviese y le hallase hablando con ellas, las dejó, y se recogió á su estancia y clausura. Quisiera tomar licion, pero no se atrevió á tocar de día, porque su amo no le oyese; el cual vino de allí á poco espacio, y cerrando las puertas, segun su costumbre, se encerró en casa. Y al dar aquel dia de comer por el torno al negro, dijo Luis á una negra que se lo daba, que aquella noche, despues de dormido su amo, bajasen todas al torno á oír la voz que les habia prometido, sin falta alguna: verdad es que ántes que dijese esto habia pedido con muchos ruegos á su maestro fuese contento de cantar y tañer aquella noche al torno, porque él pudiese cumplir la palabra que habia dado de hacer oír á las criadas una voz extremada, asegurándole que sería en extremo regalado de todas ellas. Algo se hizo de rogar el maestro de hacer lo que él más deseaba; pero al fin dijo que haria lo que su buen discípulo pedia, sólo por darle gusto, sin otro interes alguno. Abrazóle el ne-

gro, y dióle un beso en el carrillo en señal del contento que le habia causado la merced prometida, y aquel dia dió de comer á Loaysa tan bien como si comiera en su casa, y áun quizá mejor, pues pudiera ser que en su casa la faltára. Llegose la noche, y en la mitad della ó poco ménos comenzaron á cecear en el torno, y luego entendió Luis que era la cáfila, que habia llegado; y llamando á su maestro, bajaron del pajar con la guitarra bien encordada y mejor templada. Preguntó Luis quién y cuántas eran las que escuchaban. Respondiéronle que todas, si no su señora, que quedaba durmiendo con su marido, de que le pesó á Loaysa; pero con todo eso quiso dar principio á su designio y contentar á su discípulo, y tocando mansamente la guitarra, tales sonos hizo, que dejó admirado al negro y suspensó el rebaño de las mujeres que le escuchaba. Pues ¿qué diré de lo que ellas sintieron cuando le oyeron tocar el *Pesame do ello*, y acabar con el endemoniado son de la zarabanda, nuevo entónces en España? No quedó vieja por bailar, ni moza que no se hiciese pedazos, todo con silencio extraño, poniendo centinelas y espías que avisasen si el viejo despertaba. Cantó asimismo Loaysa coplillas de la *Seguida*, con que acabó de echar el sello al gusto de escuchantes, que ahineadamente pidieron al negro, les dijese quién era tan

milagroso músico. El negro les dijo que era un pobre mendigante, el más galán y gentil hombre que habia en toda la pobrería de Sevilla. Rogáronle que hiciese de suerte que ellas le viesen, y que no le dejase ir en quince dias de casa, que ellas le regalarían muy bien, y darían cuanto hubiese menester. Preguntáronle qué modo habia tenido para meterle en casa. A esto no les respondió palabra; á lo demas dijo que para poderle ver hiciesen un agujero pequeño en el torno, que despues lo taparian con cera, y que á lo de tenerle en casa, que él lo procuraría.

Hablólas tambien Loaysa, ofreciéndoseles á su servicio con tan buenas razones, que ellas echaron de ver que no salían de ingenio de pobre mendigante: rogáronle que otra noche viniese al mismo puesto, que ellas harían con su señora que bajase á escucharle, á esar del ligero sueño de su señor, cuya ligereza no nacia de sus años, sino de sus muchos celos. A lo cual dijo Loaysa que si ellas gustaban de oírle sin sobresalto del viejo, que él les daría unos polvos que le echasen en el vino, que le harían dormir con pasado sueño más tiempo del ordinario. ¡Jesús, valme; diga una de las doncellas; y si eso fuese verdad, ¿que buenaventura se nos habia entrado por las puertas sin sintillo y sin merecello! No serían ellos polvos de sueño para él, sino polvos de vida para todas

nosotras y para la pobre de mi señora Leonora, su mujer, que no la deja á sol ni á sombra, ni la pierde de vista un solo momento: ¡ay, señor mio de mi alma! traiga esos polvos, así Dios le dé todo el bien que desea: vaya, y no tarde; traigalos, señor mio, que yo me ofrezco á mezclarlos en el vino y á ser la escanciadora; y plugiese á Dios que durmiese el viejo tres dias con sus noches que otros tantos tendríamos nosotras de gloria. Pues yo los traeré, dijo Loaysa, y son tales que no hacen otro mal daño á quien los toma sino es provocarle á sueño pesadísimo. Todas le rogaron que los trujese con brevedad, y quedando de hacer otra noche con una barrena el agujero en el torno, y de traer á su señora para que le viese y oyese, se despidieron; y el negro aunque era casi el alba, quiso tomar licioni la cual le dió Loaysa, y le hizo entender que no habia mejor oído que el suyo en cuantos discípulos tenia, y no sabía el pobre negro, no lo supo jamas, hacer un cruzado. Tenían los amigos de Loaysa cuidado de venir de noche á escuchar por entre las puertas de la calle, y ver si su amigo le decia algo ó si habia menester alguna cosa, y haciendo una señal que dejaron concertada, conoció Loaysa que estaban á la puerta, y por el agujero del quicio les dió breve cuenta del buen término en que estaba su